

LA Enrique Lihn
MUSIQUILLA
DE LAS
POBRES
ESFERAS



Editorial Universitaria

La musiquilla
de las pobres
esferas



COLECCION
LETRAS DE AMERICA

© Editorial Universitaria, S. A.
Inscripción N° 36.788

Texto compuesto con fotomatrices
Photon Baskerville.

Se terminó de imprimir
en los talleres de EDITORIAL UNIVERSITARIA
San Francisco 454, Santiago de Chile
en el mes de agosto de 1969.

Proyectó la edición *Mariano Rawicz*
Cubierta de *Susana Wald.*

Impreso en Chile / Printed in Chile

Enrique Lihn

La musiquilla
de las pobres
esferas



EDITORIAL UNIVERSITARIA

Colección

LETRAS DE AMÉRICA

Director: *Pedro Lastra*

Volúmenes publicados:

1. José María Arguedas, *Los ríos profundos*.
2. Alejo Carpentier, *El reino de este mundo*.
3. Nicanor Parra, *Canciones rusas*.
4. Ramón Díaz Sánchez, *Cumboto*.
5. Carlos Droguett, *Eloy*.
6. Augusto Roa Bastos, *Madera quemada*.
7. Joaquín Edwards Bello, *El roto*.
8. Manuel Rojas, *El bonete maulino y otros cuentos*.
9. Miguel Otero Silva, *Casas muertas*.
10. Francisco Coloane, *El témpano de Kanasaka y otros cuentos*.
11. Ezequiel Martínez Estrada, *Meditaciones Sarmientinas*.
12. Ernesto Sábato, *Tres aproximaciones a la literatura de nuestro tiempo*.
13. José María Arguedas, *Yawar Fiesta*.
14. Hernando Téllez, *Cenizas para el viento y otras historias*.
15. José Lezama Lima, *La expresión americana*.
16. Jorge Edwards, *Temas y variaciones*.
17. Roberto Fernández Retamar, *Ensayo de otro mundo*.
18. Enrique Lihn, *La musiquilla de las pobres esferas*.

Indice

<i>Nota preliminar</i>	9
Noticias de Babilonia	13
La musiquilla de las pobres esferas	19
Sueño	21
Mester de juglaría	24
Revolución	32
Hotel Nacional	34
Alma bella	37
Negras	41
A Franci	42
Gotera	45
Palmas	47
Nocturno	48
De un intelectual a una mucha- cha del pueblo	49
Desenlace	51
Bel canto	54
María Dolores	55
Señoritas	56
Seis soledades	57
Gallo	60
Tren nocturno	61
Silbido casi tango	63
Este no querer ser lo que se es	65
Familia	66
Album	68
La infancia	69
Rimbaud	70

Como al salir de los colegios, cuando	72
El escupitajo en la escudilla . .	73
Kafka	79
A Roque Dalton	80
Porque escribi	81

Nota Preliminar

Según el poema de Blake, de las cinco ventanas que iluminan la caverna donde vive el hombre, a través de la segunda escucha éste la música de las esferas. Por las otras cuatro respira el aire, contempla los viñedos, mira la porción de mundo eterno que le es atribuida, y, la última, le sirve de acceso al exterior, al mundo de lo real, siempre que el hombre desee y esté dispuesto a hacerlo, pues —concluye el verso— “dulces son las alegrías furtivas y el pan comido en secreto”.

La poesía ha orquestado hasta la estridencia esa música de las esferas, y la “alquimia del verbo” cuya piedra filosofal ha terminado por fantasmagorizar lo que recibe su tacto, ha terminado a su vez por volver tarareo anodino esas postradoras resonancias, apenas un eco trastabicado. Cegadas las cuatro ventanas de Blake, a través de la restante fluye a los oídos el sonsonete vacío, lira envilecida, de la musiquilla de las pobres esferas, tema de estos poemas y acertado título para esta poesía de la contradicción.

Poesía de la contradicción, esto es, poemas que son documento de un conflicto: la destrucción de la poesía misma, pero la destrucción justamente a través de ella, serpiente alquímica que devora su cola.

Este “ocio increíble de que somos capaces”, que nos mantiene “vivos pero desdoblados”, sitúa al poeta —revelación dolida— siempre a un paso del compromiso real, el cual sublima.

Motivo de una buena parte de los poemas de este libro, esta contradicción debe resultar necesariamente inquietante para el lector habitual de poesía, pero aún más para los poetas. Pareciera que estos textos marcaran las primeras estribaciones de un camino de suyo accidentado que conduce nada menos que a la desarticulación de la poesía. Y no como "género literario" —situación hace mucho enrostrada— sino a su aniquilación como hacer humano auténtico.

Una vía del todo aproximada a la de la antipoesía, pero sin embargo cuánto más diferente. En tanto en aquélla —en la antipoesía— se postula una reducción constante del lenguaje, de la expresión, en suma, una condensación aniquilante, en ésta se ingresa al camino más largo entre dos puntos: el cuestionamiento.

Es esta una etapa evolutiva. Para su valoración integral requiere de la obra anterior de Lihn, contenida en seis libros —uno de cuentos—, la que a su vez se organiza también de un modo sucesivo, prolongada sobre la base de sus propios supuestos.

Hasta la aparición de "La pieza oscura", para muchos el poemario fundamental de Lihn a la vez que la suma de su trabajo poético (ver el acucioso ensayo de Luis Bocaz)¹, nos enfrentamos a una poesía narrativa y de circunstancias, desgarrada en cuanto alude a la relación humana enajenada, densa en cuanto esa enajenación es delineada mediante ca-

¹"La poesía de Enrique Lihn", ensayo de LUIS BOCAZ, en *Poesía Chilena (1960-1965)*, Ediciones Trilce, pp. 50-72. Santiago, 1966.

tegorías metafísicas, o más exactamente, a través de concepciones filosofantes armadas en lenguaje poético iluminador, “una realidad de salvación”, para citar al propio poeta.

Hasta ahí, Lihn aparece dueño de un lenguaje modulado con cabal propiedad, desumbilicado de los modos y recursos ya establecidos aunque históricamente emparentado a ellos. No obstante, el mismo Lihn desoye la seducción de esta conquista, y en “Poesía de paso” (Premio Casa de las Américas), concretamente en el poema *La derrota*, desarma su andamiaje e intenta una poesía que va a nutrirse del cuestionamiento de sí misma. La obra inmediatamente anterior a los textos de este libro, “Escrito en Cuba”, radicalizará esta preocupación.

Creemos entender que hay en ello, en verdad, una doble razón. Por una parte, un viraje del foco de experiencias del poeta pone en crisis una poesía que nace, diversamente, de la asimilación de la experiencia individual introspectada. Así, las formas decantadas en su obra anterior, usadas reiterativamente, a la luz de ese cambio resultarán al poeta la transgresión de la autenticidad de un instrumento que garantizara su eficacia. Y por otra parte, intuye el poeta la general ineficacia de un lenguaje nacido del pre-supuesto de una individualidad cosmo-fántica —según el término de Roger Mounier—, de la sublimación mítica del poeta, del hombre in situ, que se proyecta sobre su obra como un elemento que, por último, definirá su sentido estricto: el lenguaje romántico.

Aquí creemos tener entre manos la clave de estos poemas. La dinámica de la creación literaria parece precipitar, ante el embate de la sociedad enajenada, la inanidad del lenguaje literario. Sus muchas y constantes rupturas a través de las formas modernas quizás no sean sino la crónica de ese fenómeno.

Si hemos de creer que la poesía nace de veras de una necesidad anterior incluso a su misma gestación como creación literaria, justificaremos y confiaremos en que el mantenimiento de ella como un hacer humano real signifique, precisamente, un rotundo no redundar en la enajenación, una voluntad desmistificadora. Su contrapartida, esa "enajenación volcada por el lenguaje", resulta haber adquirido hoy en día una legalidad que quiere demostrarse como connatural a cierto modo de darse la existencia histórica: esa cierta fulguración ahistórica persistente que rebrota y da frutos a la vuelta de algunos años, periódicamente.

WALDO ROJAS

Noticias de Babilonia

Error, me das la cara incorregible,
uno a uno los pasos de la prueba
en la medida misma en que te alejan
extienden la frontera de tu reino.

No se ha perdido nada de la muerte
ni del primer contacto peligroso,
con todo lo que fuimos a vivirnos,
a pesar del rosario y por su culpa.

Cuando se deshicieron nuestras piernas
del cuatro, nació el sexo en la miseria.
Era una tumba todo ese silencio
y el amor al silencio el primer paso.

Iglesia de los Padres Capuchinos,
Iglesia de los Padres Alemanes,
lo del cordero fue una historia cruel
lo de la eternidad mi pesadilla.

Seres amados que se me escaparon
de los dedos, camino de los cielos,
estamos vivos pero desdoblados:
sigo allí en ese misterio doloroso.

Pruebas al canto del error: viví
entre columnas de arrepentimiento,
bajo un ruido de alas de cigüeña,
sometido al rigor de la inocencia.

Música en que aprendí mi silabario
de la Pasión según Santa Vitrola.
Palacio de Cristal allá en lo alto
lleno del cacareo de los ángeles.

Calle de Dios perdida para el mundo
sobre la cual el cielo demostraba
con el compás solar, mórbidamente,
la belleza perfecta del divino.

Atardecer que se nos iba hundiendo
mientras soplaba, en un silencio exacto.
un mal barroco de alas estropeadas
su trompetilla, oleajes

acantilados montes de la luna
playas del sol para que allí fondearan
por millares los barcos de la muerte,
todo como en la palma de mi mano.

Abuela de escribir, máquina mía,
ya no corre la sangre por mis venas:
de agua bendita soy un pudridero,
llenas de musgo y podre están las llagas.

Este que vino a Babilonia en cuatro
caballos sucesivos
huyendo del camino de Damasco,
es el quinto jinete apocalíptico.

No había amor humano que cortara
el aliento al amor a lo divino
sin convertir de golpe al corazón
por asfixia en “el órgano del miedo”*.

Y en plena asfixia vi cómo cruzaba
Calle de Dios abajo, perdidiza
quebrándome la línea del destino,
Erika: el paraíso en bicicleta.

*Me lo dijo mi hermano: según Nietzsche “la música es el
órgano del miedo”.

Adiós, bajo este signo: mala estrella
polar preludio de lo que no es,
mi soledad babea tango a tango
el repertorio de las que se fueron.

Corriente de mujeres migratorias
de toda pluma, el cazador se emperrea
en olfatear la sombra de la carne
que trae el perro-río entre los dientes.

Este pequeño aborto del infierno
vino al mundo a lavarlo del pecado.
San Francisco de Asís había muerto,
alguien tenía que resucitarlo.

Iglesia de los Padres Capuchinos.
Angel de la Trompeta en la ventana.
Dios es amor, reparto a domicilio.
Alguien tenía que resucitarlo.

Vino al mundo con flores a María
en un decir Asís y “Vamos todos”.
Para la eternidad no hay muerto eterno.
Alguien tenía que resucitarlo.

Lo del cordero fue una historia cruel,
ese primer contacto peligroso.
No se ha perdido nada con la muerte
dice la eternidad, mi pesadilla.

Máquina de morir, abuela eterna,
contra mi corazón arrodillado
se me humilla de pronto la cabeza,
mi corazón, “el órgano del miedo”.

Contra el error no he dado con la fórmula
Alquimia del amor a lo divino
irreversible como la locura,
nunca di con el oro de lo humano.

Ni aun la poesía me consuela:
es inviolable “El Gran Brillante”^{*} o
cada una de esas vainas metafísicas
de la botica celestial, no hay nada^{**}

nadie que pase intacto la barrera
de lo que fue una vez lo prohibido

^{*}El Gran Brillante de la Oda a Charles Fourier, de André Breton.

^{**}La farmacopea celeste, de Baudelaire.

sin meterse en el lecho de Yocasta
bajo la gran sonrisa de la Esfinge.

De las pobres esferas sube y sube
esta miseria de la musiquilla:
un solo de trompeta que se ahoga
frente al solo de sol de la respuesta.

Elevado silencio a todo cubo
resonando en la calle a toda pala,
allí abajo recogen la basura.
Venid y vamos todos al infierno.

A la ciudad de Babilonia llega
el desconsuelo de la musiquilla.

La musiquilla de las pobres esferas

Pueda que sea cosa de ir tocando
la musiquilla de las pobres esferas.
Me cae mal esa Alquimia del Verbo,
poesía, volvamos a la tierra.
Aquí en París se vive de silencio
lo que tú dices claro es cosa muerta.
Bien si hablas por hablar, “a lo divino”,
mal si no pasas todas las fronteras.

¿Nunca fue la palabra un instrumento?
Digan, al fin y al cabo, lo que quieran:
en la profundidad de la ignorancia
suena una musiquilla verdadera;
sus auditores fueron en Babel
los que escaparon a la confusión de las lenguas,
gente anodina de los pisos bajos
con un poco de todo en la cabeza;
y el poeta más loco que sagrado
pero con una locura con su cuerda

capaz de darle cuerda a la alegría,
capaz de darle cuerda a la tristeza.

No se dirige a nadie el corazón
pero la que habla sola es la cabeza;
no se habla de la vida desde un púlpito
ni se hace poesía en bibliotecas.

Después de todo, ¿para qué leernos?
La musiquilla de las pobres esferas
suena por donde sopla el viento amargo
que nos devuelve, poco a poco, a la tierra,
el mismo que nos puso un día en pie
pero bien al alcance de la huesa.
Y en ningún caso en lo alto del coro,
Bizancio fue: no hay vuelta.

Puede que sea cosa de ir pensando
en escuchar la musiquilla eterna.

Sueño

Toda semilla mal caída muere
pero no así en el sueño que alimenta
como a un Egipto el río de tu sangre:
tierra de nadie, cuerpo que se puebla

de injertos de ciudades cada noche:
trampas del ser bajo lunas inmensas
exactamente iguales a tu alma
según la ley de las correspondencias.

Tierra de todo y nada donde sopla
tu aliento entrecortado, en cada huerta
se abre un abismo de germinaciones
hasta el polvo que había en la Bodega

retoña allí mezclado a cuanto trae
de vivo el agua turbia rojinegra,
siembra ella misma, oleaje que en la línea
de la rompiente es un bosque de lepra.

Sueño, Séptimo Día
del corazón que crea
noche a noche un feroz mundo a la imagen
y semejanza de tu mala estrella.

Piedra que se une por cada rasguño
irrestañable al parto de la selva,
no hay dolor ya sin su “animal de fondo”
un guijarro es la roca de Tarpeya.

Vuelves en ti bajo las siete plagas
a una luz que de pronto apuñalea
para orillar tu saga innarrable
que fluye entre tus pies y tu cabeza,

confundiendo las piezas del mosaico
deshecho de tu cara, a cada vuelta
en que se espuma el árbol de la sangre,
en que florece el árbol de la lepra.

La geometría es un naufragio exacto
de puertas, mesas, sillas y escaleras,
calles de dos ciudades se entrecruzan,
se tocan los extremos de la tierra.

Vas navegando, un tren sobre las nubes
se te pierde contigo en la cubierta
y por el ojo de la cerradura
te ves en tu lugar: estás de vuelta

en un donde que grita Siempre y Nunca
con un dolor igual al que te suena
desde tu nacimiento en los oídos:
la musiquilla de las pobres esferas.

Todos los personajes de tu historia
pasan allí del texto la barrera,
rompen los cuadros de las escrituras
y la palabra se desencadena

para que toda criatura baile
al son “del ser que vives” y padezcas
a fondo el tango de tu no-me-olvides:
odio y amor y cólera y tristeza.

Mester de juglaría

Ocio increíble del que somos capaces, per-
dónennos
los trabajadores de este mundo y del otro
pero es tan necesario vegetar.
Dormir, especialmente, absorber como por
una pajilla delirante
en que todos los sabores de la infelicidad se
mixturán
rumor de vocecillas bajo el trueno estos
monstruos
nuestras llagas
como trocitos de algo en un calidoscopio.
Somos capaces de esperar que las palabras
nos duelan
o nos provoquen una especie de éxtasis
en lugar de signos drogas
y el diccionario como un aparador en que
los niños perpetraran sus asal-
tos nocturnos
comparación destinada a ocultar el verdade-
ro alcance de nuestros apetitos

que tanto se parecen a la desesperación a la
miseria

Ah, poetas, no bastaría arrodillarse bajo el
látigo

ni leernos, en castigo, por una eternidad los
unos a los otros.

En cambio estamos condenados a escribir,
y a dolernos del ocio que conlleva este paseo
de hormigas

esta cosa de nada y para nada tan fatigosa
como el álgebra

o el amor frío pero lleno de violencia que se
practica en los puertos.

Ocio increíble del que somos capaces yo he
estado almacenando

mi desesperación durante todo este invierno,
trabajadores, nada menos que en un país
socialista

He barajado una y otra vez mis viejas cartas
marcadas

Cada mañana he despertado más cerca de la
miseria

esa que nadie puede erradicar,

y, coño, qué manera de dormir

como si germinara a pierna suelta

sueños insomnes a fuerza de enfilarse a toda
hora frente a un amor frío pero

llo de violencia como un sar-
giento borracho
estos datos que se reúnen inextricables
digámoslo así en el umbral del poema
cosas de aspecto lamentable traídas no se
sabe para qué desde todos los
rincones del mundo
(y luego hablaron de la alquimia del verbo)
restos odiosos amados en una rara medida
que no es la medida del amor
De manera que hablo por experiencia
propia
Soy un sabio en realidad en esta cosa de
nada y para nada y francamen-
te me extraña
que los poetas jóvenes a ejemplo del mundo
entero se abstengan de figurar
en mi séquito
Ellos se ríen con seguridad de la magia
pero creen en la utilidad del poema en el
canto
Un mundo nuevo se levanta sin ninguno de
nosotros
y envejece, como es natural, más confiado
en sus fuerzas que en sus him-
nos

Trabajadores del mundo, uníos en otra
parte

ya os alcanzo, me lo he prometido una y mil
veces, sólo que no éste el lugar
digno de la historia,

el terreno que cubro con mis pies
perdonad a los deudores morosos de la his-
toria .

a estos mendigos reunidos en la puerta del
servicio

restos humanos que se alimentan de restos
Es una vieja pasión la que arrastramos

Un vicio, y nos obliga a una rigurosa mo-
destia

En la Edad Media para no ir más lejos
nos llenamos la boca con la muerte,

y nuestro hermano mayor fue ahorcado sin
duda alguna por una cuestión
de principios

Esta exageración
es la palabra de la que sólo podemos abusar
de la que no podemos hacer uso —curiosi-
dad vergonzante—, ni mucho
menos aun cuando se nos em-
plaza a ello

en el tribunal o en la fiesta de cumpleaños

Y siempre a punto de caer en el absurdo
total
habladores silentes como esos hombrecillos
del cine mudo —que en paz
descansen—
cuyas espantosas tragedias parodiaban la
vida:
miles de palabras por sesión y en el fondo un
gran silencio glacial
bajo un solo de piano de otra época
alternativamente frenético o dulce hasta la
náusea
Esta exageración casi una mala fe
por la que entre las palabras y los hechos
se abre el vacío y sus paisajes cismáticos
donde hasta la carne parece
evaporarse
bajo un solo de piano glacial y en lugar de
los dogmas surge
bueno, la poesía este gran fantasma bobo
ah, y el estilo que por cierto no es el hombre
sino la suma de sus incertidumbres
la invitación al ocio y a la desesperación y a
la miseria
Y este invierno mismo para no ir más lejos
lo desaproveché pensando
en todo lo que se relaciona con la muerte

preparándome como un tahúr en su prisión
para inclinar el azar en mi favor
y sorprender luego a los jugadores del día
con este poema lleno de cartas marcadas
que nada dice y contra el cual no hay res-
puesta posible y que ni siquiera
es una interrogación
un as de oro para coronar un *sucio* *Castillo*
de naipes una cara marcada una
de esas
que suelen verse en los puertos ellas nos hie-
lan la sangre
y nos recuerdan la palabra fatal
un resplandor en todo diferente de la luz
mezclado a historias frías en que el amor se
calcina
Todo el invierno ejercicios de digitación en
la oscuridad
de modo que los dedos vieran manoseando
estos restos
cosas de aspecto lamentable que uno arras-
tra y el ocio
de los juglares, vergonzante
padre, en suma, de todos los poemas:
vicios de la palabra
Estuve en casa de mis jueces. Ellos ahora
eran otros no me reconocieron

Por algo uno envejece, y hasta podría ha-
cerlo, según corren los tiempos,
con una cierta dignidad

Espléndida gente. Sólo que, como es natural,
alineados

Televidentes escuchábamos al líder yo tam-
bién caía en una especie de
trance

No seré yo quien transforme el mundo

Resulta, después de todo, fácil decirlo,
y, bien entendido, una confesión humillan-
te

puesto que admiro a los insoportables
héroes y nunca han sido tan
elocuentes quizás

como en esta época llena de sonido y de furia
sin más alternativa que el crimen o la
violencia

Que otros, por favor, vivan de la retórica
nosotros estamos, simplemente, ligados a la
historia

pero no somos el trueno ni manejamos el
relámpago

Algún día se sabrá

que hicimos nuestro oficio el más oscuro de
todos o que intentamos hacerlo

Algunos ejemplares de nuestra especie re-

ducidos a unas cuantas señales
de lo que fue la vida en estos
tiempos

darán que hablar en un lenguaje todavía in-
manejable

Las profecías me asquean y no puedo decir
más.

Revolución

No toco la trompeta ni subo a la tribuna
De la revolución prefiero la necesidad de con-
versar entre amigos
aunque sea por las razones más débiles
hasta diletando; y soy, como se ve, un peque-
ño burgués no vergonzante
que ya en los años treinta y pico sospechaba
que detrás del amor a los pobres
de los sagrados corazones
se escondía una monstruosa duplicidad
y que en el cielo habría una puerta de
servicio
para hacer el reparto de las sobras entre los
mismos mendigos que se res-
tregaban aquí abajo contra los
flancos de la Iglesia
en ese barrio uncioso pero de cuello y
corbata
frío de corazón ornamental
La revolución
es el nacimiento del espíritu crítico y las
perplejidades que le duelen al

imago en los lugares en que se
ha completado para una tarea
por ahora incomprensible
y en nombre de la razón la cabeza vacila
y otras cabezas caen en un cesto
y uno se siente solitario y cruel
víctima de las incalculables injusticias que
efectivamente no se hacen espe
rar y empiezan a sumarse en el
horizonte de lo que era de rigór
llamar entonces la vida
y su famosa sonrisa.

Hotel Nacional

Atraes el vacío a los lugares en que te detienes a vivir, esa desatención del cielo que blanquea ahora como una gran campana

de vidrio nada y sol alrededor del Hotel Nacional, y quieres comprenderlo:

temes —con sobrados motivos— no haber aprendido verdaderamente tu verdadero papel y ser

un principiante a la edad en que los actores jubilan,

un viejo actor incapaz de situarse en el drama real, tartamudeando,

al dictado de una tribu de sombras, tu incompleta historia de siempre.

El miedo se rodeaba allí de esos exorcismos inútiles que afluían al galpón, las primeras obscenidades

oro incienso mirra temblorosos,

y una constelación de nombres de muchachas con que anunciar, en el pesebre del sexo, al

hilo de la voz, nuestra perplejidad de haber nacido otra vez

a un mundo en que los ángeles eran una vergüenza.

Y esa vieja verdad magnífica: el deseo, no te fue transmitida ni aun por la sombra de la sombra

de la serpiente en el paraíso baldío;

la tradición guardaba en secreto el misterio: un lamentable silencio sobre el génesis de camas separadas bajo la asexualidad de la cruz y el retrato de los abuelos en su ancianidad esencial incomprensiblemente progenitores.

Cuerpo que había que crear a partir del alma arrojándola al barro, preparando una mezcla que se suponía infernal con poluciones nocturnas baba y lágrimas,

y ese amor del que nunca has probado el fruto sin haber sido previamente acosado en la sangre por la sed en la carne por la tristeza en el corazón por todos los excesos del espíritu: duda, persistente

sensación de fracaso, timidez,
ambiciones desmesuradas.

En el escenario no hay luz, sólo esta blancu-
ra del sol que alumbra más allá
esta ciudad demasiado real para tu historia
en que la Historia reina como
en una colmena fecundándolo
todo,

mientras en tu cabeza es el enjambre oscuro:
trabajo de observarte fríamente
vivir

—“la soledad sólo trae castigos”— a una
imprudente distancia del
mundo.

Alma bella

Y tú alma bella que restriegas tu belleza a mi
cuerpo,

criatura creada a imagen y semejanza de una
lejana noche de amor de la que
únicamente yo debiera acordarme, debiera

Especie de canción contra la cual se estrella
mi espantosa memoria ciega,
tierna especie de nada, palabras
como golondrinas en un granero vacío.

Y tú, porque esta invocación deja de ser un
lugar común cuando se trata de
ti que en nada te distingues de
las otras

como no sea por el exceso de tu alma.

Invocación tú que eres como el amor un lugar
común tan difícil para mí de
intercalar en mi vida que ahora
mismo no sé qué hacer contigo
quizás destruir este poema estoy
sinceramente vacío no gano
nada con emocionarme

mientras te hago esperar en un lugar de La
Habana.

No quieres comprenderlo ni yo puedo decir-
telo; por las palabras empieza
mi temor por ellas de las que
me he servido demasiado tiempo
para orillar este silencio al que
me siento ligado como un loco a
los tormentos del mar, en los
malecones.

Es una asfixia hablar, dar las explicaciones
que nunca aclaran nada, des-
truir con la palabra lo que se ha
construido sin ella: el poema
de circunstancia la alegría de un momento es
una asfixia

Se vive en esto cuando se ha perdido la voca-
ción de lo eterno y el alma pasa
a convertirse en un malestar más
en un bienestar pasajero o en
una tempestad para orillarla en
los momentos de locura, pero tú
que no eres más que una especie de canción
desprendida de la memoria por
donde este viento con su cruel-
dad inveterada sopla de nada te
serviría inclinarte, vuelas,
y ninguna metáfora que te convierta fácil-

mente en un juguete nuevo de la
tempestad dará una puta idea
de lo que para una muchacha
significa perder por un momen-
to un alma como la tuya me
abstengo:

dejo a un lado la flor y el fruto pienso más
bien en el miedo y en la náusea
sinceramente vacío y en cómo
una ciudad entera puede con-
vertirse como por arte de nada
en una tierra de nadie:

esta ciudad demasiado real para tu historia
en que la historia reina

como en una colmena fecundándolo todo.

Es lo que yo he vivido hasta el cansancio
cualquiera pensaría que me he
propuesto vengarme en ti de los
deseos infantiles reprimidos o
algo por el estilo,

de ti que eres una invocación esperándome
a cada vuelta de mi insoporta-
ble retórica cómo decírtelo,
inocencia:

soy la literatura el viejo lobo inofensivo
ojalá

Necesitaba amarte así fue devorada caperu-

cita en el bosque cuestión de
instinto carnicero pero por sobre
todo de cuentos infantiles que
terminan bien contra viento y
marea, lobo y bosque.

No has perdido uno solo de tus cabellos en mi
vientre

Aquí estás intacta en lo que digo de ti
intocada como lo estará siempre
un alma digna de este nombre,
perdóname,

y un cuerpo para el que la palabra alma no
tiene más sentido que para los
pájaros su propio canto incon-
tenible

Yo seré —este es mi papel— nada más que
un momento ni siquiera un
castigo a tu distracción o a tu
desobediencia estamos cansados
de todo esto, un momento de
angustia en lo oscuro:

el extranjero

que desespera por unirse a la vida en una
ciudad como ésta, a la vida de
la que tú eres, después de todo,
una pequeña imagen fiel

a semejanza del amor a la vida, inolvidable.

Negras

Lucen como si alguno de sus dioses,
embullado, le diera por vaciarlas
a una todas en un mismo molde,
noche, el de tu belleza. La que hoy
—dice otra por reir— cayó del árbol:
ñata, pasuda, con su bemba, es
harina negra de un costal unívoco.
Contra la luna el galve de un trasero real,
cuerpo ético el tuyo, palma reina;
sutil, compacto enjambre de amorosas.
El cabello ¿no suena con el viento?
¿La piel no endulza? Cauteriza
nuestra blancura tantas veces peste.
Parecería el corazón un fruto
según el caso venenoso o no
—Ay qué cosa más grande, caballero—
pero esto sí probadamente mágico.
Y los ojos
que juegan a mirar luego se clavan
en plena vida, y este blanco soy,
este amoroso de tu noche, Habana.

A Franci

Te quiero, qué comienzo,
peor es tragar saliva
y peor aún este nudo en la garganta que
toma los contornos del mundo o
la forma de un grano de ripio
pegado a la planta de los pies,
sigue un nombre incompleto
uno de los que ustedes usan me perdonarás
que le agregue una s.

Verónica, mi vida (es otro de tus nombres).
Toda mi poesía debiera dedicártela si sólo
girara en torno a la belleza
o del amor que únicamente tú y la prima-
vera de Boticelli me inspiran
por partes iguales.

No sé qué puntos calzas
pero, igual, me arrodillo frente a un ángel,
y, como Rilke, el solterón, tiem-
blo ante lo terrible.

Marco el número de tu teléfono
como el nuevo presidario que memoriza su
número

te oigo pensar otra cosa entre líneas mien-
tras tu voz me corrobora enga-
ñosamente una cita

total qué aburrimiento en el parque
Almendárez

a cada instante engaño
a cada instante me engañan

Tu ángel negro —me dijo Magy que no te
conocía— y apareciste tú
con tu peinado en barbecho bajo el turbante
desplazándote como una avestruz en su
jaula como una bailarina en el
escenario

y yo te dije: si fueras la princesa Isabel no te
habría esperado tanto,
y descubri que eras bella.

Pelona —dijo Eva— imagínate, tiene que
ser linda para lucir así, a pesar
de ser pelona.

No discuto, me inclino
como Rilke el solterón
que no se paró a distinguir un peinado de
otro para caer en trance discre-
tamente
como un buen caballero especializado en el
cielo.

No bastará en mi caso la fascinación

y lo que no termino de admirar por otra parte
es el swing del viejo tronco para
dar flores de tu tipo:

la articulación de las distintas partes de una
imagen compleja da como resul-
tado esta simplicidad esencial
hasta para sentarse

de modo que los muslos lanzan todas sus
flechas y la pequeña cabeza de
largo cuello queda expuesta en
el mundo como el búcaro en la
mesa,

brazos esenciales manos enguantadas en las
palmas del rosa de la lengua
que guarda así su equilibrio de
rosa

pero herramientas

del color de la tierra vegetal cuando llueve,

ah y qué soledad. Toma nota. Acompáñame.

Gotera

Espantosa confianza que pongo en ti, mujer,
la primera en subírseme, de paso, a la ca-
beza.

Desamor del que huyo enterneciéndome,
y es demasiado fácil (diría lo real).

Se habla de la miseria en esta cama, paso
del recuerdo a los órganos sexuales
y un llanto de no sé bien ni de quién ni de
cuándo

—el transfundirse del sudor en sábanas—
¿no es tibio el nido de la muerte? Enfria
el resto de los juegos sobre la piel,
soplándola.

Y en cuanto a ti, mi reina, me resigno al
patíbulo

con el previo perdón de tus ojos los más
redondos que conozco, falsamente perplejos,
aburridos.

Pues, ¿a qué viene esto de hablar así como se
suda,

el forcejeo por dar al cuerpo lo que es de la
memoria,

a traición la lepra de los que todavía quieren
—a su edad— hacerse recoger
los pedazos del alma?

Años de lo que fuere. Bastaría un bostezo
de esta boca para poner en su
sitio tanta historia;

pero, mujer, tú prefieres el trueque, hacerte
—a cambio del silencio— oír
también tú en el desierto que entre ambos
formamos

como dos comerciantes de arena bajo el
viento.

Y esta complicidad tiene su encanto el últi-
mo de todos, cancelar

los pequeños secretos sin misterio.

Animales de una misma camada, buena
gente egoísta, confusa como
tantas

y menos bruta que la mayoría.

Gracias te doy por la tranquilidad de verme
por tus ojos redondamente tan
vacío que es el ruido de una gotera el llanto,
aburrimiento puro nuestra angustia

por el saber de lo que ayer oí: se vive de
prestado, no hay para que
apurarse en cerrar el negocio.

Desamor del que bajo la escalera

Espantosa confianza. Gracias, gracias.

Palmas

Palmas, qué surtidoras de sed tiene La
Habana
cuando se da este lujo de la lluvia, batién-
dolas.

El todo aquí se fume su tabaco:
lujo de darse necesariamente
una tregua de lluvia bajo el sol.
Y la belleza nunca fue de nadie.

Nocturno

Eres la primera que te me paseas por aquí
en mucho tiempo a la redonda:

“Viveme, viveme, yo soy inagotable”,
con tu absurda existencia al desnudo:

“has visto tú que linda soy dímelo chico”
pequeños senos duros rompeolas y el juego
de las nalguitas:

“me canso en todo, menos en esto”

Y apruebo lo de mulata canela que te dicen,
el relajo

ése de “óyeme, enfermona, tú,
que no somos de palo ni de hierros”

Vaya, como en cada uno de tus condenadas
historias

jálate también aquí una conga del carajo.

De un intelectual a una muchacha del pueblo

Mi falsa bondad tú eres la única en comprenderla,
porque la confundes, ciega, sagazmente con
lo único bueno que va quedando
en mí
y no distingues entre mi miedo a la vida y mi
amor a la vida
y eres, por un momento, el báculo de esta
vejez prematura.
Crees, en cambio, en el hombre que yo ha-
bría sido y en el que fui fugaz-
mente antes de estos años
amargos,
de no haber sucumbido al gusto de la
derrota, al placer y hasta a la
pasión de la derrota, por lo
mismo que crees en el amor
o porque el amor te hace creer, como si se
tratara de un manojito de hierbas
en manos de una vieja curande-
ra, en sus virtudes balsámicas,
y estás penetrada del papel del amor como
de un sabor a hierbas mágicas.

Creerás en lo que te diga, al oído, el horóscopo
en el estilo epistolar en la lectura de las
manos;
tu novela soy yo para las noches de insomnio
cuando la virginidad acostumbra
a todo da con todo señales
de impaciencia
y hay que adormecerla con un cuidado
especial;
esta distancia absurda entre tu cuerpo y el
mío es el cauce de un sueño que
une las dos orillas
colmado, por fin, bajo una tierna luz de
amanecer pantanoso.
Te encontrarás en una isla conmigo, cual-
quier imagen de calendario
puede ser en este momento tu
hallazgo,
el primer recurso de la poesía y el último,
porque no amas las palabras
ni te bastan los excesos de la imaginación, a
todo ello prefieres el éxtasis,
poner en orden tu vida con esas grandes
manos tranquilas
y esperar.

Desenlace

“¿Qué será de nosotros?”, te obstinabas en
que yo hiciera prenda de esta
absurda pregunta

para seguridad de un reencuentro incierto.
El tren, el mar, el tren, una misma insis-
tencia.

“¿Qué será de nosotros?” decías, y pensabas:
“porque es el cansancio, ¿lo
confieso?”

“Pensar —cuando hago el amor— en platos
sucios, en un baile al que no
pude ir, quién sabe cuándo”.

Y esa pregunta, arrojada al vacío, parecía
removerlo, trasluciéndose en él
una constelación de fondos de agua turbia,
cruelas imágenes
que ilustraban un adiós teatralmente
perfecto.

El desenlace real sobrevino, como siempre,
con espantosa naturalidad.

Pero allí donde esa pregunta arrojaba su luz,
y éramos una sombra de lo que
íbamos a ser,

hacíamos nuestra vida separada en común
como esos personajes que en
una misma novela permanecen
unidos bajo la doble vista pro-
lija del autor

oculta —y nos parece familiar— vagamente
paternal o vagamente sádica.

Unidos: aquí él, allá, dos países, un cielo
nublado de cenizas

porque ante todo es prudente, necesario
existir.

Nosotros, en esta palabra llena de artificio
que siempre vuelve a significar
tú y yo

el corazón prendido a un amor residual
succionaba las hierbas de una
tizana fría

el zumo amargo mezclado con gránulos de
azúcar.

Debíamos mantener el fuego de la discordia
—sus lenguas viperinas—
abiertos los ojos de las brasas
cuya expresión endulza la
ceniza, diciéndonos: “Eso es,
eso es. Así se llega lejos por el
camino del fuego”.

Había que reunir material inflamable, bus-
qué una noche de algas en la
playa

como en un pozo ciego del calor de la luna.

Algo debía faltar, en cualquier caso: llamas
para ahuyentar a los buenos
sueños.

Bel canto

La vieja rosa artificial con su cabellera de
zorros dorados
esmalta el escenario
Es un teatro de la Bella Epoca, y el trópico
se empoza en las butacas vacías
Casi, casi ella canta para mí
tendiéndome sus manos menopáusicas.

Ah soledad para la cual no hay freno ni otro
camino que el que a ti me de-
vuelve
El sonido del mar a una cierta distancia ten-
ga por línea de rompiente esta
voz
y yo seré su lamentable Ulises
ansioso de no importa qué sirena.

María Dolores

La palabra no es nada, ni el nombre, y tu
belleza
mi insomnio de esta noche
tus diecinueve años de increíble cubana,
la desesperación por dar en ti
como en la flor mismísima del mundo,
por dar en el silencio exacto que me eres,
rosa, constelación de malos versos
y de canciones que me duelen desde ya.

Señoritas

La obscena virginidad obsede, su templete
color de rosa no deja de
atraernos
como la miel a las moscas, y zumbamos
frenéticamente nuestros cantos,
en vuestro nombre y alabanza
oh señora de los cuernos del cielo y de las
pequeñas lesbianas
que se nos ríen en la propia cara.

Seis soledades

1

La soledad sin pausa de la que otros beben
a la hora del cocktail

no es mi vaso es mi tumba, me la llevo a los
labios,

braceo en ella hasta perderme de vista
entre su oleaje mórbido.

La soledad no es mi canario es mi monstruo
como si cohabitara con un asilo de locos.

2

Virgen, sería falso si no te lo dijera:

un corazón se come o se rechaza,
no es ni un jarrón con flores ni un poema.

Cerca estuviste, cerca de alcanzarme
pero te faltó el cuerpo.

Mi corazón no puedo dejarlo en tu cajita
junto con los aretes y las fotografías.

Ya te regalarán uno mejor.

3

En pie de guerra todo, menos yo.

Ama de casa en pie de guerra

contra la rata que la invade,
niños en pie de su futuro, con una guerra
por delante,
hombres al pie del pie de guerra con sus
insignias y proclamas.
Menos yo en pie de qué,
en pie de poesía, en pie de nada.

4

Vivir del otro lado de la mujer
me refiero a esta especie de suicidio
borde de la locura,
y, por una razón u otra, pasa el tiempo
como diría el poeta, sin ella.
Aquí en esta ciudad, en un panal de vidrio,
en mi celdilla hermética
robo a la angustia horas de mi razón,
muriéndome
en el trabajo estéril del poeta,
en su impotencia laboriosa.
Sin mujer, con espanto,
laborioso.

5

Junto a una virgen que me da a beber
de su dulzura hasta el enervamiento,
frutos de cera, tropicales:

el amor casi a imagen
y semejanza de lo que sería,
pero muñeco, en realidad, parlante,
y un peligroso juego
de no inflamarse en frutos verdaderos.
Castigo: la impotencia, los errores sexuales,
la tristeza, el deseo de morir.

6
Las mujeres
imbuidas de todo lo que existe
bueno o malo, no importa.
Grandes esponjas acomodaticias.
Ellas que son mi gran resentimiento,
mi secreción de rencorosas glándulas,
mi pan, mi soledad de cada día.

Gallo

Canta este gallo, el mismo, y yo: ¿soy otro?
que degollé, y a la redonda estaban
todos mis años;
el número ha crecido, pero en esto
no se distinguen entre si, escuchándolo
sólo un poco más cerca de la muerte.

Gallo, qué insomnio,
clarín de qué batalla más perdida,
vindicativo, no, ni cruel,
pero enemigo, enemigo, enemigo.

Tren nocturno

Y qué si me muriera de esta noche
Al corazón su miedo de romperse
con el dolor del rayo, lo desvela.
Pero, ¿y lo otro, el mundo, no es bastante?
Como un seno de asfixia el corazón
piensa por mí su enfermedad presunta.
Yo lo acecho, sabía:
este insomnio insaciado e insaciable
responde a todo lo que soy, me explica.
Quizás sería una oportunidad⁷
morir de pronto:
un borracho que cae de un tren nocturno por
paseárselo
(se me contó la historia en otro tren noc-
turno,
y esta cama es ahora la que viaja)
Decirle adiós a mis adioses, me ha sido
tan inasible toda criatura.
De envejecer me temo que en lugar de agre-
garme
el tiempo algo: pátina, nobleza

simplemente demuela una fea construcción
¿Quiénes me habitan ya? Mis soledades
con algo de enfermeros y de enfermos
en una antigua casa de salud
—rutina de unos y otros en que se amargan
los años—
Y aquí, del otro lado de este viaje en que
viajo
borracho por pasillos peligrosos
su cara que se graba en la distancia.
Ella el peso del mundo.

Silbido casi tango

Pero no puedo seguir en todo esto
Póngase la muerte en mi lugar
soy un hijo de nada
Cruel manera de huirse
de no dar en el blanco de lo que es
Intolerable todo
La angustia con su técnica
—quien así no la llame mente en Freud—
con su duplicidad
la angustia de saberse en esta angustia
el salir a la noche
porque ya no se tiene otra salida
este mundo mortalmente deshabitado para
 mí
como si alguien me hubiera quitado el sa-
 ludo
masivamente
Puente de qué
roto entre yo y las gentes
Qué delgadez la de mi pobre sangre
por no mezclarse, en realidad, a nada
ni hacerse a fuerza de hijos mezcla de cal y
 de ladrillo

Y tú hija mia de la que estoy rebanado por-
que sí, gratuitamente
a esta edad a estos años peligrosos para ambos
con tu letra que me escribe: alguna vez los
veremos. . .

Canción en que me enervo, de extramuros
silbido casi tango: obscenidad
porque no da lo mismo callarla o entonarla
si la verdad es ésta:
¿una falta profunda de suicidio?

Este no querer ser lo que se es

Este no querer ser lo que se es
este rechinamiento,
y el gusto, en todas partes, de lo que uno se
pierde miserablemente:
el sabor del agua con que culmina la sed,
el momento feliz con que culmina, en su no-
che feroz, el manicomio.
Mujeres de otro mundo ya, por las que me
rebano de los buenos sueños
amores dulces como lágrimas de cordero de-
gollado
seres que me distancian del amor resolvién-
dose por lo intocable
Familias tardes en el campo
vida en la exacta acepción de la palabra co-
mo algo puesto al fuego lento
del sol
mi infancia a pesar de todo digna de unos
recuerdos este poema mismo
todas son partes ahora de una noche inco-
lora
de una mutilación.

Familia

Familia, me declaro culpable, tú
La culpa me empuja a la culpa,
ahora la absolución misma sería su levan-
tura.

En esta maleta cabe todo el fango del mun-
do y de sus alrededores,
cualquiera pequeña historia soez,
la idea del pecado original y eso
de ser capado a uña y sin dolor
entre misterios idiotas

lo que es el colmo de la humillación
El sueño, nada de interpretaciones
digo que allí ensayamos, pero groseramente,
el mal del que somos a la luz del día
un juego de sombras contagiosas

No viajo, huyo, mis propios sueños no me
dejan dormir

quejándome del insomnio de la vejez tan
prematuramente

todo para ocultarle la verdad a mis acree-
dores

gente sencilla,

que mi negocio es mas sucio de lo que
parece:
no engaño, atormento. No me mueve el in-
terés personal sino el afán de la
bancarrota,
la obsesión de la quiebra, en una palabra el
miedo
por el que empieza la barbarie.

Album

La claridad del día ya no es más
que el parpadeo de un ciego que se orienta
por el sol
que el encuentro de la memoria y el álbum
de la familia.

Nos orientamos hacia una falsa claridad me-
moria
y el sol de este verano es una cosa de ciegos,
pero el sueño lo sabe: estaríamos allí
si el último día no fuera sólo un día entre
otros.

La infancia

La infancia: el tema de unos juegos florales relativamente feroces, pero en fin, música alrededor de una glorieta vacía.

Poesía culpable quizás de lo que existe
Cuánta palabra en cada cosa
qué exceso de retórica hasta en la última
hormiga

Pero en definitiva el botó esta basura
su sombrero feroz en el bosque.

Como al salir de los colegios,
cuando. . .

Como al salir de los colegios, cuando
era la hora del castigo,
tiempo de entrar, a fondo, en tu materia
soledad: este olor a orfelinato:
no veo sino casas, gente, mundo,
y toda la desdicha en mi sepulta
rompe a llorar en seco y en sordina.

El escupitajo en la escudilla

Estoy lejos de querer significar algo. Escribo porque sí, no puedo dejar de hacerlo. Escritura de nadie y de nada, adiós, quiero decir hasta mañana a la misma hora, frente a esta espantosa máquina de escribir, poesía, será el acoplamiento carcelario entre tú y yo: seres hasta de cuyo sexo se puede dudar, me incrusto en mi rincón a esperar el deseo.

Los poetas somos mendigos, alguien lo dijo en el temor de parecerlo. Otro habló alguna vez de los dolores y del costo de la forma (ningún nombre importa, esas frases como pavos reales son, por lo general, de importación francesa).

Peor que mendigos. Nos reducimos a la mendicidad, o será que sólo yo he tomado en serio mi oficio. Bien pensado, veo a otros miembros de la cofradía —jamás una comunicación nunca un saludo de cumpleaños, ni la menor señal de vida en común, ni un escupitajo en mi escudilla— ocupar altos cargos o, en su defecto, abrirse de brazos y de piernas a escala nacional, continental o mundial. Mientras yo, a fuerza de desvivir-

me, quizás llegue, pero nadie me lo asegura, a sacar de pronto, en lugar de la lengua, la palabra lengua.

Al infeliz se le siguen los pasos como bromeando, eso nunca se sabe. El carece, por completo, de sentido del humor. Respondería con insultos a una mirada de falsa complicidad, con horrores a un juego. Su camino es el de la cuerda floja, pero siempre ha sido prudente: transita con pie de plomo entre uno y otro extremo de la noche. No zigzaguea, porque está borracho. Camina lento pero seguro de regreso a su masturbatorio.

Preferiría que no lo putearan, lo eriza este exceso de familiaridad. Tendría que dar un golpe de autoridad para restablecer la distancia que nadie traspasa como no sea para jorobarlo. En caso contrario, huir.

Nadie. Que le vengan a hablar de la incommunicabilidad a lo Antonioni, esas son bolitas de dulce, con gente espléndida, para romperla aquí y allá, y mujeres de película. Comme il faut. Que alguien se ponga en su pellejo: un escupitajo en su escudilla. El es un fraile, él es un fraile. Dondequiera que

vaya allá estarán el gran desierto, las Tentaciones. Nunca seres de carne y hueso a los cuales estrechase en los momentos cruciales: eyaculación, ternura, muerte; nada más que fantasmas obscenos o los ausentes que le duelen o el mundo entero dejándolo pasar como si fuera un intocable.

De toda la injusticia de la que soy capaz para salir al rescate de lo que queda de mí a tanta distancia del mundo, un resto entre otros. Objeto para los demás de uso efímero. Sujeto a todos los vértigos, a todas las náuseas, a todas las desgarraduras del sujeto. Sujeto a la antigua: educación religiosa, amor y odio a la familia, miedo a la vida, ideas fijas, obsesiones, alucinaciones. No es raro que haya elegido esta profesión, escribiente. Bajo el peso del mundo me desgrano, así parezco soportarlo mejor. Me escribo con minúscula, a renglón seguido, cada palabra es un obstáculo, etc. Casi todo lo que soy está por hacer. La vejez pudo sorprenderme en la cuna. Y no nací, como Lao Tsé, a los ochenta años.

Digo: no basta con que no se me tienda un

cierto número de manos. Yo lo habría deseado todo. ¿Nadie me lo agradecerá? ¡Sólo que —individuos de mi especie—! el derecho a la inutilidad ha cambiado de precio. Si pudiéramos darnos el lujo de extinguirnos. La Historia, en cambio, nos economiza. Para los gastos menudos. Al nivel de los restos.

Piénsese también en la discriminación de los feos, de los débiles, de los impotentes. Sé que grandes problemas tienen al mundo ocupado como a una letrina. Lo harán estallar, la mierda llegará al cielo, y no me obstino. Esta no es más que una acotación en sordina, una mera idea que da su paseito nocturno, despavorido, entre uno y otro basural. Hay cabezas como ésta. Deshabitadas, y, en ellas, cierto tipo de pájaros, cucarachas, seres no tan despreciables como para no dar, por así decirlo, fe de la vida.

Y de una miseria innominada. El poeta es su intérprete. Al menos si lo ha cogido la noche en su abandono esencial. Digo poeta porque la palabra me suena a cosa vieja y gastada, casi como un insulto. Con esta

trompeta rota nada puede anunciarse, ningún juicio. Servirá, a lo sumo, para descargar los pecados de un testigo de Jehová: la obscenidad del alma. El poeta hablará de los animales que no figuran, por pudor de la belleza, en la leyenda de Orfeo. Y ellos, lejos de escucharlo, anidarán en él, serán parte de su obscenidad de su alma de su trompeta. Todo es intolerable.

Te escribo, te escribo. No logro que ni una sola palabra se te parezca en lo más mínimo. Y para ponerte aquí, por tu nombre tendría que sacar fuerzas de todas mis flaquezas, prepararme para lo peor que una palabra puede hacernos. No puedo decir que no te haya abandonado. Tendría que gemir, en realidad, en ningún huerto de los olivos como no fuera el huerto de la casa de los olivos, los olivos es la calle del manicomio.

A un año de distancia ¿qué he ganado con ello fuera de perfeccionarme en la culpabilidad? Ya tendrás una idea muy clara de lo que significa esta clase de talento cuando se cultiva a escala mundial: algún día bajaré los ojos en señal de abyección. Todas mis

justificaciones no son más que otros tantos argumentos en mi contra. Ya me lo dijo un amigo de paso en una maldita esquina del boulevard Saint Michel. Le pareció que una lagartija me recorría el cuerpo. Era mi mala conciencia. Sumarle ahora el muro de los lamentos es algo rayano en la obscenidad. Es lo que hago.

Kafka

Soy sensible a este abismo, me enternece
de otra manera la lectura de Kafka:
pruebo, con frialdad, el gusto de la muerte
Que nos hace falta algo
Cunto a lo cual no somos nada
Una cámara oscura
que proyecta esta ausencia pavorosa
Pruébese lo contrario
con lujo de razones luminosas,
igual el sol parece que cavila
sobre el origen de sus manchas, sí:
en cada cosa hay un fantasma oculto
Nuestro trabajo, ¿no es un exorcismo,
una respuesta al desafío oscuro?

A Roque Dalton

Soy un poco el poeta del chambergo flotante,
de los quevedos flotantes, de la melena y la
capa española,
un viejo actor de provincia bajo una tempestad
artificial
entre los truenos y relámpagos que chapucea
el utilero.

Si mal no recuerdo, monologo, me esmero
en llenar el vacío en que moldeo mi voz,
y la palabra brilla por su ausencia
y el drama me es impenetrable.
Envejezco al margen de mi tiempo
en el recuerdo de unos juegos florales
porque no puedo comprender exactamente
la historia.

Porque escribí

Ahora que quizás, en un año de calma,
piense: la poesía me sirvió para esto:
no pude ser feliz, ello me fue negado,
pero escribí.

Escribí: fui la víctima
de la mendicidad y el orgullo mezclados
y ajusticié también a unos pocos lectores;
tendí la mano en puertas que nunca, nunca
 he visto;
una muchacha cayó, en otro mundo, a mis
 pies.

Pero escribí: tuve esta rara certeza,
la ilusión de tener el mundo entre las manos
—¡qué ilusión más perfecta! como un cristo
 barroco
con toda su crueldad innecesaria—
Escribí, mi escritura fue como la maleza
de flores ácidas pero flores en fin,
el pan de cada día de las tierras eriazas:
una caparazón de espinas y raíces.

De la vida tomé todas estas palabras
como un niño oropel, guijarros junto al río:
las cosas de una magia, perfectamente
inútiles
pero que siempre vuelven a renovar su en-
canto.

La especie de locura con que vuela un anciano

detrás de las palomas imitándolas
me fue dada en lugar de servir para algo.
Me condené escribiendo a que todos dudaran
de mi existencia real,
(días de mi escritura, solar del extranjero).
Todos los que sirvieron y los que fueron ser-
vidos

digo que pasarán porque escribí
y hacerlo significa trabajar con la muerte
codo a codo, robarle unos cuantos secretos.
En su origen el río es una veta de agua
—allí, por un momento, siquiera, en esa
altura—

luego, al final, un mar que nadie ve
de los que están braceándose la vida.
Porque escribí fui un odio vergonzante,
pero el mar forma parte de mi escritura mis-
ma:

línea de la rompiente en que un verso se
espuma
yo puedo reiterar la poesía.

Estuve enfermo, sin lugar a dudas
y no sólo de insomnio,
también de ideas fijas que me hicieron leer
con obscena atención a unos cuantos sicólogos,
pero escribí y el crimen fue menor,
lo pagué verso a verso hasta escribirlo,
porque de la palabra que se ajusta al abismo
surge un poco de oscura inteligencia
y a esa luz muchos monstruos no son ajusti-
ciados.

Porque escribí no estuve en casa del verdugo
ni me dejé llevar por el amor a Dios
ni acepté que los hombres fueran dioses
ni me hice desear como escribiente
ni la pobreza me pareció atroz
ni el poder una cosa deseable
ni me lavé ni me ensucié las manos
ni fueron vírgenes mis mejores amigas
ni tuve como amigo a un fariseo

ni a pesar de la cólera
quise desbaratar a mi enemigo.

Pero escribí y me muero por mi cuenta,
porque escribí porque escribí estoy vivo

CORMORAN



El libro de bolsillo de
EDITORIAL UNIVERSITARIA
Chile

Títulos publicados

Felipe Herrera, Nacionalismo Latinoamericano
José María Arguedas, Los ríos profundos (novela)
(2ª edición)

Francisco Otta, Breviario de los estilos
(1.000 años de plástica occidental)

Jaime Eyzaguirre, Breve historia de las fronteras de Chile
(2ª edición)

Alejo Carpentier, El reino de este mundo (novela)

Nicanor Parra, Canciones Rusas (poesía)

Luis Oyarzún, Temas de la cultura chilena

Carlos Droguett, Eloy (novela)

Armand Mattelart, ¿Adónde va el control de la natalidad?

Marina Orellana, Glosario Internacional

Terminología vinculada a Naciones Unidas (inglés-castellano)

Antonio García, Reforma agraria y economía empresarial
en América Latina

Ramón Díaz Sánchez, Cumboto (novela)

Eliana Tartarini, Evaluación escolar y elementos de
estadística aplicada

- Augusto Roa Bastos*, Madera quemada (cuentos)
Hermann Max, El porqué de las devaluaciones
Joaquín Edwards Bello, El roto (novela)
Manuel Rojas, El bonete maulino y otros cuentos
Francisco Otta, Guía de la pintura moderna
(4ª edición)
- Carlos Neely*, Cambios políticos para el desarrollo
Miguel Otero Silva, Casas muertas (novela)
Francisco Coloane, El ténpano de Kanasaka y otros cuentos
André Gorz y otros, Checoslovaquia vuelve al socialismo
Fernando H. Cardoso, Cuestiones de sociología del
desarrollo en América Latina
Oswaldo Sotomayor, El libro del cardíaco
Ezequiel Martínez Estrada, Meditaciones sarmientinas
José Cademártori, La economía chilena
Un enfoque marxista
- Anibal Pinto S. C.*, Política y Desarrollo
Pío Baroja, Camino de Perfección (novela)
Sófocles, Antígona
Albán Lataste, CUBA ¿hacia una nueva economía
política del socialismo?
Hugo y Enrique Cerda, Teatro de Titeres
Ernesto Sábato, Tres aproximaciones a la literatura
de nuestro tiempo (Robbe-Grillet, Borges, Sartre)
José María Arguedas, Yawar Fiesta (novela)
Hernando Téllez, Cenizas para el viento y otras historias
Jaime Eyzaguirre, Hispanoamérica del dolor
Julio Silva y Jacques Chonchol, El desarrollo de la nueva
sociedad en América Latina (2ª ed.)
L. Landau e Y. Rumer, ¿Qué es la teoría de la relatividad?
Joaquín Edwards Bello, La Quintrala, Portales y algo más
Hernán Ramírez Necochea, Balmaceda y la contrarrevolución
de 1891 (2ª edición)
José Lezama Lima, La expresión americana
Jorge Edwards, Temas y variaciones
Roberto Fernández Retamar, Ensayo de otro mundo
Enrique Lihn, La musiquilla de las pobres esferas (poesía)

Sin proponérmelo, pero conscientemente, he terminado por hacer poesía contra la poesía; una poesía, como dijera Huidobro, “escéptica de sí misma”. El valor de las palabras y el cuidado por integrarlas en un conjunto significativo han sido lo suficientemente abandonados aquí como para constituirse —aquella deva- luación y esta negligencia— en los signos de un desa- liento más profundo.

Al escribir o describir algunos de estos poemas me acosaban por lo menos dos instancias contradictorias. En primer lugar, el sentimiento del absurdo con res- pecto a la tarea emprendida; luego, una curiosa sen- sación de poder. En varios de estos poemas la poesía está al centro de ellos como una empresa obligada a reconocer, constantemente, su limitación y su vanidad. Pero si mal no recuerdo, una vez que la cosa se ponía en marcha no sólo me sentía capaz de escribirlo todo, sino que —y en este punto funcionaba la dialéctica de la nulidad y del poder— de empezar por cualquier parte, de escribir cualquier cosa y en no importaba qué extensión, con la certidumbre de rozar, infaliblemente, los mismos significados. A falta de otra salida, creo que me he propuesto, una y otra vez, poner de relieve, por medio de las palabras —sin concederle a ninguna de ellas un privilegio especial— ese silencio que ame- naza a todo discurso, desde adentro. No soy un hombre de fe; los mitos me abruma; desconfío hasta de mi propia ideología en el punto en que ella tiende, como cualquiera otra, a profesarse como una religión o a segregar una mitología. De todo ello habla, como pue- de, lo que escribo.

ENRIQUE LIHN

Fotografía de Patricio Del Campo.